

En el torbellino de pensamientos que me agobian, en el tórpido diseño en el que se encuentra mi cabeza. Entre la opinión de todos los que están a mi alrededor, tengo una certeza tenue como una brasa a punto de apagarse; silenciosa como un susurro a lo lejos; tan débil como un sonido imperceptible. Pero le pongo atención, y ese sonido se vuelve un poco más fuerte. Lo miro y se hace más claro; le presto atención y es tan claro e inmenso que se expande, haciéndose magno absoluto y tan verdadero como la verdad misma. Se hace majestuoso, con una esencia de tanta pureza que encandila y no deja ver otra luz, escuchar otro sonido o poder prestarle atención a otra cosa que a eso. No esconde, no titubea y es tan firme que me atrevo a decir que es inamovible, pues una verdad como esta es tan verdadera que no se deja titubear por las avalanchas y las tempestades del exterior. Y esa verdad

que parecía tímida, tenue, susurrosa, tan insignificante se vuelve el todo. Y ese todo soy yo, y es que me he ignorado tanto tiempo que olvidé lo que era. Y en ese desconcierto, sumido en la ignorancia, en la ambivalencia, en un mundo carente de certezas, sediento, desolado empecé a buscar calmar mi sed en otros manantiales, lo que me ha llevado a la ruina y hasta al olvido, el olvido de esta verdad tan pura y absoluta que nunca puede ser callada y cuya luz jamás será apagada por más tenue, silenciosa, susurrosa y lejana.

Dame madera y haré un barco; dame velas y navegaré; dame provisiones y atravesaré mares, océanos y la travesía más épica conquistaré. Pero no me ciegues ante esta luz; sin ella, falsos faros me tirarán contra las rocas y los vientos me llevarán sin rumbo destruyendo mi barco contra las costas, y el barco volverá a ser madera y yo no tendré propósito.

El niño con los ojos azules